

MODERNIDAD Y MUNDO ACTUAL*

Eduardo Núñez Crisosto

Cuando hoy pensamos nuestra época, por rápida que sea nuestra reflexión, seguramente advertimos que una de sus características fundamentales, es que nunca ha sido más intenso ni más legítimo el sentimiento de estar viviendo una época de cambios sin precedentes. El conjunto de transformaciones que las condiciones de vida y pensamiento han ido experimentando en los últimos años han terminado por configurar una verdadera mutación en los principios y valores que orientan nuestras vidas. Hoy, los cambios por vez primera conciernen a todos los hombres y no hay un sólo aspecto de la realidad, un sólo dominio del espíritu al que esta mutación no alcance. A nuestra época le ha correspondido ver sacudidos, rechazados, renegados los principios más firmes, las evidencias más antiguas y naturales. Hemos visto deshechos los sistemas más estables, los más sólidamente fundamentados.¹

Otra característica fundamental de nuestra época es el acentuado proceso de racionalización que le asiste y

* Discurso ofrecido el 30 de abril de 1992, con motivo de la Ceremonia de Titulación de los alumnos Egresados de la Facultad de Educación, Humanidades y Arte, de la Universidad de Concepción.

¹ Picon, Gaëtan: **Panorama de las ideas contemporáneas**. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958, p. 17.

que ha terminado por invadirlo todo. El desarrollo de la sociedad humana inaugurado por el iluminismo ha terminado por conducir a la institucionalización racional de la vida humana. Así, hoy tenemos organizada la vida individual, social y cultural con arreglo a esquemas político-administrativos. La empresa de estructura capitalista y el aparato estatal burocrático han terminado racionalizando no sólo las evoluciones culturales sino también las sociedades. Institucionalización de la actividad económica y organización de la estructura administrativa con arreglo a fines.

Todas estas instituciones, las que en un comienzo seguramente tuvieron una estructura muy simple, con el correr de los años se han ido haciendo cada vez más complejas, terminando por hacernos perder la "naturalidad" del medio y de la acción. La acción humana, nuestra acción, se organiza cada vez más en función de normas o principios universales. Vivir humanamente significa habitar y actuar en un mundo axiológico poblado de entidades, normas, patrones y principios que terminan recortando un ámbito de entidades abstractas; es decir, recortando un mundo de símbolos institucionales. ¿Quién de nosotros no sabe de la complejidad burocrática de instituciones tales como las que cuidan la salud, administran la justicia, recaudan los impuestos, autorizan patentes y permisos o tramitan títulos y grados?

Entre las instituciones que han alcanzado hoy gran complejidad racional-burocrática tenemos a la Universidad. Pero ésta, a diferencia de la mayoría de las instituciones nombradas, posee instancias en permanente proceso de autorreflexión. En todo momento de su historia tenemos a la Universidad volviendo sobre sí, reflexionando

en torno a su esencia y destino. La Universidad es, esencialmente, lugar de reflexión y autocrítica. La Universidad, entre sus múltiples funciones, siempre ha estado pensándose y pensando su época.

Es en atención a lo anterior que hoy, señores jóvenes profesionales, señores colegas, les invito a compartir esta breve excursión reflexiva en torno a nuestra época y algunos de los factores que la determinan en su esencia.

Hoy, el sociólogo, el historiador, el teórico, cuando desea nominar ésta, nuestra época, usa expresiones tales como "actualidad", "contemporaneidad", "postmodernidad". Es cierto que esta última noción: "postmodernidad" es todavía vaga y controvertida y, posiblemente demasiado próxima a nosotros como para evaluarla con objetividad. Además, hay quienes piensan que la idea de postmodernidad es propia de países desarrollados y por tanto no nos involucra a nosotros. No obstante, la palabra postmodernidad alude inmediatamente a lo ubicado después de lo moderno y es un hecho que nosotros los latinoamericanos a través de la conquista hispanoportuguesa quedamos violentamente involucrados en la problemática moderna europea. Además, la noción de postmodernidad no alude tanto a un momento cronológico del desarrollo de un pueblo, cuanto a un estado de ánimo característico. Así, es un hecho que hoy respiramos una atmósfera y revelamos un estado de ánimo diferente al de las décadas anteriores. Es esta nueva atmósfera y este nuevo estado de ánimo el que hoy requiere de nuestra atención.

Para algunos, lo que le sucede a nuestra época es que la modernidad inaugurada en el siglo XVII por Descar-

tes se agotó, luego nos encontraríamos más acá de la modernidad, esto es, en la postmodernidad. Para otros, en cambio, no existe tal ruptura; la modernidad sería todavía un proyecto inconcluso. Pero, si postmodernidad significa ubicarse más acá de lo moderno, nuestra primera cuestión a examinar es saber qué es la modernidad y así poder valorar en qué medida nos hemos ido alejando de ella.

El sociólogo alemán Max Weber caracteriza la modernidad como el período de desencantamiento que condujo en Europa al ocaso de las imágenes religiosas del mundo, a partir de lo cual se inaugura y desarrolla una cultura profana. Es decir, el racionalismo moderno termina por destruir el mundo encantado del mito y la religión. El iluminismo moderno significa una ruptura con la fundamentación trascendental del mundo. La modernidad es, en lo principal, un proceso de secularización: el lento pero continuo proceso que va desde un orden natural dado a un orden que el hombre debe construir. El mundo moderno, el mundo de la razón ilustrada se aleja de la tradición sagrada y de la ley absoluta que pretende encausar la voluntad humana. La modernidad es el mundo de la autonomía humana, soñada en un Voltaire, expuesta en Kant y absolutizada en Hegel.

A comienzo del siglo XIX, el pensamiento moderno, el pensamiento tradicional que sustentaba la sociedad liberal, descansaba sobre el humanismo greco-latino, sobre la ética cristiana y sobre el racionalismo del siglo de las Luces. El humanismo moderno, además de una cultura significaba una actitud moral: la concepción de un Hombre pensado como ente privilegiado en el universo, en posesión de una Razón, una Inteligencia y una Voluntad que termi-

nan por ubicarlo por sobre los demás seres a la vez que se ve impulsado a escapar de las pulsiones instintivas propias de los seres naturales. La tradición cristiana, que en muchos aspectos se separa de las directrices humanistas, en lo fundamental es compatible con ella.

El hombre moderno, en tanto criatura privilegiada de Dios se constituye en el centro y sentido del mundo. Es cierto que por la caída se encuentra en falta, pero merced a su libre arbitrio, su salvación o condena le pertenecen. El hombre ilustrado es libre pero ello implica que debe responder por sí. En su juicio, se tendrán presente sus acciones, pero más que éstas, sus intenciones, puesto que la libertad alcanza su plena soberanía en la intimidad de su conciencia. El hombre moderno, como heredero de las Luces, acentúa sus privilegios separándose de la naturaleza y dominándola; como creador, como soberano, repudia su dependencia de fuerzas biológicas, especialmente aquellas de origen sexual.

Pero, hacia fines del siglo XIX, por razones múltiples y convergentes la unidad de los principios y valores tradicionales se empieza a fracturar. La investigación histórico-arqueológica y los descubrimientos geográfico-culturales habían venido revelando la existencia de civilizaciones y sociedades de estructura mental y axiológica distinta de la europea.

Hoy el espíritu se encuentra separado de las trayectorias que ayer le fueron familiares. El espíritu hoy ha perdido el sistema de gravitación de la modernidad. Nuestro universo ofrece el espectáculo de una inversión de las evidencias y nada puede entrar en él sin operar un cambio radical, sin separar el espíritu de su terruño tradicional-

natural. No es suficiente decir que estamos en presencia de lo difícil, de lo complejo, o de lo oscuro. Estamos ante lo inesperado, estamos ante lo insólito. Mundo impensado que a muchos angustia y que asumen con cara triste, nostálgica, negativa, culpable, rousseauiana, que sueña con volver al pasado, volver al origen, volver a la verdad y que vive como un exilio la pulverización de la realidad. Pero, frente a esta misma realidad hay también un rostro positivo nietzscheano, gozoso, que no postula volver al pasado sino que afirma el libre juego de las diferencias en un mundo sin verdades absolutas ni fines que justifiquen sacrificar éste, nuestro presente.²

Un síntoma claro de nuestra época, síntoma de postmodernidad o de separación del racionalismo ilustrado, lo tenemos en la pérdida de la fe en una teoría capaz de sustituir al principio teológico o metafísico y su intención de unidad integral. La desconfianza en la modernidad nace, fundamentalmente, del espíritu antiautoritario que empieza a exhibir el mundo de hoy.

Nuestro rechazo a la razón ilustrada va a surgir de la multiplicación de las racionalidades. Una vez perdida la unidad mantenida por la religión y luego por la metafísica, el mundo moderno es testigo de la dispersión de los espacios. Así, los filósofos ilustrados ya diferencian las racionalidades cognitivo-instrumental, la moral-práctica y la estético-expresiva.³ Hoy, nos hemos alejado, posiblemente-

² Derrida, Jacques: **L'écriture et la différence**, Editions du Seuil, Paris, 1967, p. 427.

³ Lechner, Norbert: **Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y Política**, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1990, p. 162.

te demasiado, del optimismo iluminista que buscaba la gran convergencia de ciencia, moral y arte, en vistas a lograr un control de las fuerzas naturales, del progreso social y de la felicidad de la humanidad. Hoy, para nosotros, cada vez más, la diferenciación de las distintas legalidades es vista como una escisión irreductible.

Hoy, la ruptura con la modernidad -y nuestra ubicación, por tanto, en la postmodernidad- consiste prioritariamente en nuestro rechazo o renuncia a la búsqueda de un principio unitario de integración individual, social y cultural. Asistimos hoy a una nueva dinámica. Se vienen abajo paisajes que hasta ayer nos fueron familiares y que nos permitían movernos con relativa soltura y seguridad. Hoy, todo se acelera y nada parece estar en el lugar que naturalmente tenía asignado. A la homogeneidad moderna parece sustituirla un principio de heterogeneidad que no muestra, inmediatamente, la ley de su composición y las reglas de su juego.

¿Pero, por qué dar por sentado que lo homogéneo favorece el espíritu integrador de entendimiento pacífico y, en cambio, lo heterogéneo tendría necesariamente que ser fuente de conflictos? ¿No asocia ya la física, en su segundo principio de la termodinámica, el proceso de homogeneización, de indiferenciación al de entropía, y por tanto al de involución, próximo al de muerte? ¿Además, no hemos tenido la experiencia de ver que todos los regímenes políticos que han empezado exaltando lo homogéneo y reprimiendo la heterogeneidad, han terminado en intolerables dictaduras al abolir la libertad de la diferencia?

La modernidad no desarrolló una teoría que le otorgue dignidad a la diferencia; la percibió más bien como principio de dispersión, oposición, antagonismo, y en el límite, el caos. En cambio, hoy vemos que el reconocimiento de lo heterogéneo significa valorar el pluralismo étnico y cultural. Significa valorar la diversidad de estructuras ideológico-políticas, religiosas y económicas. El reconocimiento de lo heterogéneo, el reconocimiento de la diversidad nos sensibiliza respecto de las "justas diferencias". Este es, propiamente, un aporte que se empieza a recortar cada vez con más claridad en nuestra época. Este es un aporte de lo que designamos como postmodernidad.

Pero, hay un síntoma más de nuestra época que deseamos examinar hoy y que dice relación con la idea de progreso. La época moderna nace cortando amarras con el pasado y zarpando en busca de nuevas tierras. La modernidad se caracterizó, especialmente, por dejar de sentirse heredera de un pasado y mirar de frente el futuro. El racionalismo moderno hace del progreso su categoría fundamental. El racionalismo ilustrado, al privilegiar la novedad y reprimir la tradición, se define cara al futuro, siempre abierto.

Pero el énfasis en el futuro no es una característica privativa de la modernidad. La antigüedad y el medioevo ya ofrecen la esperanza de una vida futura mejor. La diferencia está en que la modernidad al hablar desde un mundo desdivinizado, secularizado, debe entregar al hombre la esperanza de un mundo mejor en un reino puramente humano, donde la promesa se hace posible a través del progreso científico-tecnológico, que la modernidad

inaugura y que hoy termina por saturarnos.

¿Pero, cómo vemos hoy la idea de progreso? Al respecto diríamos que una de las características típica de nuestra época es la de haber perdido la fe en el progreso, y ello porque la capacidad de innovación que el hombre ha desarrollado en la evolución científico-tecnológica se ha extendido a tal punto que ha terminado trivializando el progreso. El ininterrumpido caudal de innovaciones ha terminado por hacernos perder la sensibilidad para captar lo nuevo. El sentimiento de novedad, de lo nuevo, exige en nosotros un punto o núcleo de referencia con una relativa permanencia. Cuando todo es nuevo; no hay novedad. Cuando nos habituamos a un futuro con interminables novedades, nuestra retina deja de percibir la diferencia. Así, el futuro termina diluyéndose en el presente y pierde su valor.⁴

Hoy, para nosotros, la denuncia del progreso como ilusión, ha terminado constituyéndose en un "culto del presente". Hoy pensamos que se ha estado por mucho tiempo mediatizando el presente. Creemos, incluso, que se ha sacrificado importantes conquistas en aras de la "tierra prometida". Hoy -la postmodernidad- postula recuperar el presente, otorgándole su justa dignidad.

Cuando, hace un momento dijimos que nuestra época abandona el optimismo iluminista que busca la gran convergencia de la razón una, estábamos también afirmando que hoy se abandona la estrategia del choque, ruptura o conflicto y se busca más bien la estrategia del acuerdo o consenso. Si hoy reconocemos que en el mundo individual,

⁴ Id. p. 172-3.

social y cultural se entrecruzan ideas, motivos y razones diferentes, su armonización no puede consistir ya en suprimir, refutar o rechazar éste o aquel sistema sino en, estudiar, comparar, reforzar o reformular, y así alcanzar una posición que, sin anular las diferencias, pueda ser estimada como la mejor. Seguramente el resultado de este acuerdo no será un orden puro y definitivo, porque, de cualquier manera será sólo un orden humano y como tal controvertible y precario como todo lo vivo; pero, por lo mismo, perfectible.

Hasta hoy -y desde fines del siglo dieciocho, a partir de Kant- se insiste en la separación del mundo científico y el mundo ético, mundo de la verdad y mundo de la acción. Además, hasta hoy, hay quienes pretenden subordinar la ética a la ciencia. Pero, al respecto, no parece descaminado pensar -como lo hace Kant en su Tercera Crítica- que el mundo de los fines está llamado a iluminar y dar sentido al mundo puramente causal y mecánico de la ciencia y la técnica. Es cierto que hoy ya no podemos estar pensando en los fines y motivos absolutos del ochocientos, y ello porque el hombre no es ya "ciudadano de dos mundos" (uno teórico y otro práctico) sino actor de una obra monumental que se monta sin libreto o guión a seguir. En esta obra la libertad humana -nuestra libertad- no se funda en la desaparición de toda dependencia sino en la multiplicación de las posibilidades de la acción.

El hombre, en el orden de los seres es un ente complejo. La historia de la especie humana en tanto sistema

bio-cultural es compleja.⁵ Ahora, la complejidad comporta, por naturaleza, individualidad y comunidad y como consecuencia egocentrismo diversidad, antagonismo, perturbación, dispersión. Esto significa, entonces, que un sistema complejo se encuentra, por su naturaleza, en las proximidades o límites de su desintegración, en el límite de su propia destrucción. Pero, no obstante, parece que lo mismo que lo arruina, lo mantiene. Al respecto un teórico escribe que los sistemas orgánicos que incorporan una alta complejidad inusual -por ejemplo el sistema humano a nivel individual y social- son capaces de soportar un alto nivel de disensión y desarmonía, nivel que no puede desarrollarse en un sistema de baja organización, porque en estos últimos no existe la riqueza estructural necesaria como para mantener tal nivel de disonancias e incongruencias. Así, entonces, mientras más complejo es un sistema, tanto más revela propiedades incompatibles; las que, por una parte, muestran resistencia a la unificación, y por la otra, favorecen positivamente el carácter disyuntivo y rico del sistema.⁶

¿Pero, hay un límite al aumento de complejidad de este sistema que configura al hombre sobre el planeta tierra? Ante esta pregunta hay quienes responden, apresuradamente, que el límite lo sobrepasamos hace ya mucho tiempo. Estos mismos piensan que la crisis de los fundamentos de nuestra sociedad nos impone el regreso a la pri-

⁵ Morin, E.: **El método**. Vol. 2 "La vida de la vida". Ediciones Cátedra, Madrid, 1986, pp. 501-3.

⁶ Gunther, G.: **Natural numbers in trans-classic systems**, 1971, tomado de Morin, E. Id. p. 502.

macía del orden en la organización social. Es decir, rechazan la diversidad, autonomía, libertad, ambigüedad, incertidumbre y apelan a la restitución del principio de homogeneidad avalado por la autoridad y el mandato.

Es cierto que un sistema complejo, como la sociedad humana, tiene que ser en extremo frágil e inestable y que sólo puede permanecer si logra equilibrar un principio de autorregeneración permanente. La complejidad social lleva en sí, ineluctablemente, riesgo. Pero, querer eliminar el riesgo significa destruir la sociedad compleja y, seguramente, regresar a sistemas más simples que la historia de la evolución social ya ha dejado atrás por obsoletos.

Jóvenes profesionales, vivir el presente proyectándose al futuro, sin contar con el apuntador o traspunte clásico, tiene mucho de aventura. Hoy no podemos escapar al vagabundeo. Hoy, más que nunca, la gran complejidad del sistema social humano exige el cultivo y desarrollo de virtudes y valores que respondan a su actual naturaleza y que al mismo tiempo contribuyan a su necesaria armonización. Hoy, más que antes, es preciso invocar la fraternidad y el amor como valores de vida.

Vivir una vida es un proceso complejo.

Vivir una vida humana es un proceso complejo y un compromiso; y mientras más humana, mayor es nuestro compromiso.